



Cuentos  
cortos  
para  
niños  
y no tan niños...

## Índice

<b>SECCIÓN I</b>	<b>4</b>
<b>Prólogo</b>	<b>4</b>
La luna y sus secretos	5
La manta	7
Historia de un sabio rey	9
El joven Samurái	13
Carta de un pequeño adolescente	17
Un extraño mendigo	19
<b>SECCIÓN II</b>	<b>23</b>
<b>Prólogo</b>	<b>23</b>
Creatividad, cualidad para amar a Dios	24
Cuando Mis Huellas Desaparecieron Tras De Mí	26
De la manzana y otras suertes	28
De lo sublime a lo chabacano	30
El chigiüre amaestrado	31
El sueño ciudadano	35
Entre fantasía y realidad	37
Entre peinilla y garabato un recuerdo ingrato	38
Glosa Con cuento e inventiva	41
Luna de mis inspiradoras noches	43
Me voy y me llevo la virgen	46
Origen del Carnaval	48
¿Poeta o cuentista fraudulento?	51
Que no te roben la alegría y el amor a tu prójimo	55
Tu recuerdo y mis miedos	57
Un amor verdadero que no es cuento	58
Un año nuevo con infantiles sueños	59
Un niño llamado Así	62
Un príncipe fuera del molde	70
Un vendedor de libros... De lector a escritor	72
Una anécdota en mi cumpleaños que no es cuento	74
Otro aniversario con otra anécdota como radialista	75
Un cuento para mi niña consentida	77
Una estrella en el día de Reyes	79
Una Mascota De Cuidado	80
Velando sueños infantiles	82
Vox populi, vox dei	84
Ya sabéis como son las máquinas de coser	85
Un perro pulgoso enmascarado	86

**PARA LA LECTURA SE SUGIERE UN ADULTO**

## SECCIÓN I

### Prólogo

Es sabido que en Literatura hay diferentes géneros. Los cuentos son un género y las poesías otro. Pero con Hermes Varillas Labrador siempre apelamos a no seguir “ciertas” reglas, “obvio que no todas”, porque en esto que hacemos nos gusta la libertad.

En el caso de este libro, inusual, razonamos que bien podemos separar y/o fusionar los géneros, porque, cuando hay algo que comunicar, un cuento cuenta algo, un poema también, hasta una una frase también cuenta. Y si no, es mejor callar.

Aclarado este concepto, sin dejar de lado el de los géneros literarios, la SECCIÓN I (a cargo mío) se dedicará al cuento, y en la SECCIÓN II (a cargo de Hermes) vendrá la exquisita variedad.

Pero hay otra razón, y es la más poderosa por ser necesaria; vivimos en tiempos donde debemos reciclarnos, reinventar..., debemos saber hacer un poco de todo y poner en práctica todas las herramientas que poseemos.

De los adultos depende la educación a las nuevas generaciones para enfrentar la vida misma, aunque nos cueste, pues a medida que vamos creciendo en edad nos ponemos propensos a continuar con viejas costumbres. Lo digo en este caso puntual. Es primordial que aprendamos unos de otros a abrir las mentes.

La propuesta es que juntos hagamos el esfuerzo, de manera digna y amorosa, aprovechando la lectura y sus mensajes.

*Cielo Vázquez*

## Cuentos cortos para niños y no tan niños...

### La luna y sus secretos

*Conversación entre una niña y su abuelo postizo:*

En una pequeña casita muy modesta de veraneo en las afueras de la ciudad, a dos cuadras del mar.

—Pronto será de noche —dijo la niña Andrea a su abuela, y añadió—: El abuelo prometió llevarme a la playa.

Y acercándose a él, le dijo:

—Abuelo, abuelo; tenemos que ir a la playa.

—Opa. Es cierto. ¡Vieja, nos vamos de paseo! —gritó el abuelo.

—¿A esta hora? —preguntó desconcertada la abuela.

—Enseguida volvemos. No podemos perdernos la luz de esta luna llena. Bien, vámonos Andrea.

—¡Chau, abuelita!

—De veras, qué noche tan clara. ¡Que se diviertan! ¡Cuida que tu abuelo, no haga picardías, ni siquiera una copita, no lo dejes, ya sabes que le hace mal!

—Te lo prometo —dijo bajito Andrea. Y mirándose con su abuelo se hicieron una guiñada cómplice. Ambos pensaron: “¿pero si en la playa no hay Whisky ni Caña?”.

De camino, Andrea preguntó:

—Dime abu, ¿por qué crece el mar?

—Porque la fuerza de la luna lo atrae. Es como si... quisiera llevarse recuerdos inolvidables.

—¡Quiero ver los recuerdos que la luna quiere llevarse! —exclamó ansiosa la niña.

—No se pueden ver. Son cosas que vivimos, o cosas que aprendimos. Algunos los lleva, a otros los deja. Algunos se pueden contar, otros no.

—Cuéntame uno que se pueda contar. No querrás revelarme tus secretos, ¿no abuelo?

—Ya no tengo secretos, sólo he cumplido mis sueños.

—¿La luna los supo y te los concedió?

—Digamos que sí.

—Cuéntame.

—Siempre fui muy solitario, por eso quería tener una familia; tú sabes, no tengo hijos. Pero ahora tengo una esposa y una nieta. Tú; eres lo que más quiero. Esta es la más hermosa vivencia que todavía el mar no se quiere llevar.

—Te quiero tanto abu..., y a la abuela también; claro. Mi verdadero abuelo no era bueno, tú para mí eres el verdadero.

Ya en la playa...

—Mira cómo ha crecido el agua. ¿Ves el palo que ayer pusimos como marca?

—¡Ay!, ¡sí, casi no hay arena, el agua llega hasta las piedras!

—Bueno, ahora..., a este otro palo lo pondremos aquí; en esta orilla, y mañana vendremos a medir para saber cuánto ha crecido el mar.

—¡Eres un genio!

—¿Te acuerdas cuando me emborrachaba?

—Claro que me acuerdo; pero aquí... ¿dónde están esos recuerdos? Abuela me decía que te fuera a buscar a lo del vecino, te encontraba en la parte del bar tomándote una copita, y me decías: “no le cuentes, es un secreto, no quiero amargarla”.

—La abuela no era boba, me sentía el olor a alcohol y no me hablaba por dos días.

—Pero ahora no te emborrachas. Recuerdo cuando venías tambaleándote, te empujábamos por aquella escalera vieja para que pudieras subir a tu pieza, ¡cuánto pesabas, abuelo! Pero sólo una copita no es nada. Ja, ja, además ahora por suerte, aquí no hay escaleras.

—Sí, ¿ves la diferencia?, ese es uno de los recuerdos de los tantos que se llevó el agua.

—¿El mar escondió tu recuerdo y la luna no lo sabe?

—A ver; ¿no te he enseñado que la luna atrae al agua?

—Ahhhhhh, ya entiendo —dijo la niña y por unos momentos quedó pensativa. De pronto rompió el silencio—: Entonces abu... cuando estaba en la panza de mi mamá, rodeada de agua y nadie me veía porque no había nacido, ¿yo estaba en el secreto de la luna?

—Oh... ¡En eso no había pensado! Claro que sí, cada bebé que está en algún vientre, en secreto la luna lo guarda.

**Fin**

## **La manta**

Hacía poco me había casado. Con mi esposo alquilamos una casa muy bonita en las afueras, cerca del Aeropuerto Internacional de Carrasco donde yo trabajaría por un tiempo. Un murito que se podía cruzar tan sólo con levantar apenas un poco la pierna, nos separaba en la parte de atrás, de un terreno que tenía la casa contigua, muy lujosa pero con dueños descuidados a quienes jamás se los veía. Sabía que no estaba abandonada, las luces se encendían por las noches.

Debajo de uno de los árboles donde podría haber un hermoso jardín, dormía una perrita de color beige, supuestamente la mascota. No tenía nada dónde poner su comida y su agua. Ya se podían sentir los primeros fríos del invierno, así que, de su lado, pegada al muro, le hice una guarida con chapas, cartones y una manta. No me costó hacerle entender que era para ella, se metió sin titubear. Cada vez que iba al fondo, intuía que le llevaba sus alimentos, y no le erraba.

Mi esposo procuraba enseñarme a andar en moto para hacer los mandados, pero jamás aprendí. Me comía todos los pozos, al llegar al final de la calle había una zanja, paraba, la giraba, me volvía a subir y continuaba la marcha. Eso sí, la vuelta hacia la derecha que debía dar para entrar por el camino que me conducía hasta la entrada del almacén de comestibles, me salía casi perfecta. Aunque, paralelo al caminito me chocara con los matorrales y casi me daba de frente contra la pared, no me eran necesarios los frenos; mis pies lo hacían muy bien.

Los perros del barrio me seguían y ladraban amenazadores, uf, qué momentos, hasta que la perrita, a la que no se me ocurría ponerle nombre porque supuse que lo tendría, me empezó a seguir para protegerme de ellos.

Al principio me acompañaba sólo para hacer las compras, luego se aventuró a seguirme hasta la parada del ómnibus interdepartamental. No sé si se aprendió los horarios de mi llegada, tal vez me esperaba allí las largas horas de mi ausencia.

Pasó el frío, la primavera y el verano se asomaban. En una oportunidad quiso subir conmigo, puso sus patas delanteras en el primer escalón; la echaron como a un perro. Así que de pura bronca nomás, como el recorrido era derecho comencé a ir en la moto.

Ella se convirtió en la líder, y los más fieros caninos fueron mis amigos. Se sabía que yo llegaba del trabajo porque toda la jauría me rodeaba, ella iba a la vanguardia.

En aquellos días sofocantes, volvió a establecerse debajo del árbol. Un día, tuvo una actitud muy extraña; saltaba el muro hacia mi lado, me miraba, me ladraba y lo volvía a saltar hacia su lado. Comprendí que me quería mostrar algo, así que la seguí. Me llevó hasta el árbol y me presentó a sus cuatro cachorritos recién nacidos. Su mirada me dio el permiso de tocarlos y acariciarlos, yo creo que fue mi expresión de amor, ternura y vaya a saber qué más hice para que no tuviera temor de ponerlos a mi disposición. Qué reacción tan rara, me dije. Luego me tiré sobre el pasto a festejar con ella el gran acontecimiento y agradecida por la concesión que me había dispensado. Leche, agua y mucho alimento fueron sus otros regalos.

Una maldita tarde el jefe me informó que me trasladaban a la capital, Montevideo, que queda a unos 30 km.

Urgentemente tuvimos que encontrar una vivienda. Gracias a unos amigos que nos habíamos hecho, nos consiguieron por medio de unos contactos, un departamento en un edificio donde estaba prohibido tener animales. Ella observaba con ojos tristes la mudanza. Grande era mi pena al ver cómo sus crías la buscaban para jugar y ser atendidas, pero ella, tirada, parecía pensar y pensar, permitiéndoles que hicieran lo que quisieran sin darles corte. Cuando el camión estuvo cargado, la despedida fue dolorosa para ambas, no había forma de mentirnos. Después de subirme al camión que nos llevaría hasta el edificio, saqué por la ventanilla la manta con la que había pasado el invierno para darle a entender que nunca la olvidaría. Al mirarla vi un destello de luz en sus ojos. Presentí una promesa y cerré los míos; su olfato sobre mí sólo llegaría hasta el Aeropuerto, luego, perdería el rumbo, no existirían rastros míos en los siguientes tramos hacia Montevideo. Por nuestros amigos supe que después que nos fuimos ella desapareció de la casa. La imaginaba en cada perrita callejera de color beige, pero ninguna se acercaba a mí.

Pasaron dos años.

Llegaba del trabajo cuando veo al portero echar a una perra toda mugrienta de la puerta de entrada. La defendí; tuve un gran altercado con el conserje. Mientras discutía, ella me olfateaba. Luego, de costado se tiró a mis pies. Frente a tal escena el portero y yo dejamos de pelear. Ella se colocó de costado, movió su cola repetidas veces. Ambos nos agachamos para ver su estado. Yo intenté que se levantara, pero me di cuenta que no tenía fuerzas. Lamió mi mano, suspiró y bostezó. El portero comprendió mi mirada y me ayudó a subirla a mi apartamento.

En ese momento recordé que aquella manta que saqué por la ventanilla del camión, no la entré hasta llegar al edificio.

**Fin**



## **Historia de un sabio rey**

En un reino lejano, gobernaba el rey Fernando. Tenía una hija llamada Priscila, famosa por su belleza, era la más bonita de las pocas princesas que había, por lo que no le faltaban ofertas de los otros reyes para casarla con sus hijos. Una cálida tarde, preocupado, con sus manos detrás miraba a su alrededor mientras recorría junto a su esposa el camino florido que llevaba al jardín de los frutales.

—Fiestas y más fiestas, y a nuestra hija ninguno le atrae...

—Y con razón, unos son muy mayores, los otros no son apuestos.

—Mm, sí, tampoco parecen tener la valentía que pretendo para ella.

—Se ve triste... Espero no la condenes a vivir una vida sin amor.

—Claro que no, esposa mía. Algo tendrá que suceder. ¿Qué podría regalarle para hacerla un poco feliz...?

—Es difícil, tiene de todo y en abundancia.

—Tal vez —dijo el rey —¿algo que no tenga valor material? ¡Sí, eso es! Iré nuevamente de viaje, quizás la naturaleza me ofrezca alguna de sus maravillas.

—Buena idea, esposo, mientras tanto, yo la distraeré.

—Si algo ha de suceder debo provocarlo. Deprisa, volvamos —dijo ondeando su manto

Ya de vuelta, en su sala de estrategias de guerra, ordenó que le trajeran el mapa, lo extendió sobre la mesa, le echó un vistazo global, marcó unos cuantos lugares recónditos del mundo, suspiró y al fin se decidió por uno; aquel que su intuición le indicaba, el del trayecto más largo y tortuoso.

A la mañana siguiente partió con su pura sangre y una guardia detrás. Llevaba lo necesario para varios días.

La mayoría del tiempo fue fácil, pero de pronto la marcha empezó a complicarse. Llegó a un punto donde el primero en retobarse fue su caballo, luego los demás. Un frondoso bosque salvaje tenía por delante.

Su instinto le decía que, si iba acompañado, alguno podría estropear lo que buscaba, así que decidió, a pesar de los consejos, adentrarse solo.

Avanzaba cortando con su espada todo lo que se le interponía hasta que dio con un sitio espacioso. Allí estuvo mirando a su alrededor cuando en una rama al alcance de su mano vio un pájaro todo azul, jamás había visto algo igual, era único. Admirado lo miró fijo, el ave también, sigiloso se acercó, estiró sus manos, delicadamente lo rodeó para no lastimarlo y éste se dejó atrapar.

—Insólito —dijo, y lo colocó en su hombro.

De regreso no dejaba de conversarle, estaba feliz, era el regalo perfecto, le contó qué lo llevó a hacer ese viaje y de lo extrañado que estaba con esta experiencia. Quedó tan impactado cuando el pájaro le habló, que *casi* se cae del caballo:

—*CasiCasi, casi, casi* nos caemos —le dijo el ave tratando de mantener el equilibrio—. Mira, yo soy un rey como tú, mi hermano menor quería mi corona, hizo un pacto con una bruja y así me convirtió. Y tan maléfica fue que, le quitó a mis alas la fuerza para volar alto. Pero hay una manera de romper el hechizo y hacerme justicia; alguien debe llevarme a la cumbre de una montaña, mi hijo es quien debe ir a buscarme, para ello pasará por muchas pruebas y si se da vuelta quedaría convertido en piedra, ahí se acabaría mi suerte.

Apenas terminó de decir esto, el rey Fernando no logró que hablara más. Y así se quedó sin saber quién era el hijo de este rey, heredero de un trono. ¿Cómo averiguarlo...?, pensaba y pensaba mientras volvía.

Una vez en su palacio, por la noche fue a la única montaña que había en sus tierras. Al pajarraco rey le prometió justicia y lo dejó en la cima.

Al otro día redactó un edicto. Convocaba para una gran competencia que duraría varios días.

Decía algo así:

*Aquel valiente que trajera de la montaña un pájaro azul, se casará con la princesa. La ceremonia de casamiento se realizará al final, por lo cual la invitación se extiende a toda la familia real.*

*Por razones de espacio y ubicación para albergarlos según los rangos, deben enviar una carta anticipando la lista de los que vendrán, y el parentesco.*

Al final puso la fecha de inicio de dicha competencia y su firma. Lo enrolló, lo selló y envió emisarios a cuanto reino había.

Con todo, corría el riesgo que el sobrino de algún rey no fuera llevado. Se preguntó por qué le dio tan poca información. Una y otra vez rememoraba las palabras del pájaro para entender si en ellas había un enigma.

Las cartas comenzaron a llegar. La reina le ayudaba a abrirlas y a leerlas. Vendrían muchos sobrinos, así que fueron separando aquellas cuyas familias no traían al suyo.

## Cuentos cortos para niños y no tan niños...

—Lo más probable es que el traidor no lo traiga —le dijo su esposa.

—Hasta sería mejor. Quedará en evidencia ante nosotros, pero eso no resuelve el dilema. Es muy raro, sabes, nada de lo sucedido es casualidad —razonó Fernando y continuó—: Frente a una situación complicada, ésta se resuelve por la vía más fácil. Ya verás, mi amor.

El rey Fernando “mataría dos pájaros de un tiro”. Fue hasta la recámara de Priscila y le dijo que una vez iniciada la competencia, entre comidas y bailes, se fijara cuál caballero era de su agrado, pero le alertó que su atención debía estar dirigida hacia aquellos que no eran herederos a un trono.

Frente a tal orden de su padre, Priscila se puso muy nerviosa, era algo imposible para ella. Para tranquilizarla Fernando le explicó su plan.

El día llegó.

El reino estaba de fiesta, las trompetas anunciaban la entrada de muchas caravanas. Priscila, ahora tenía nuevas expectativas, entusiasmada probaba vestidos en su recámara, a todos los usaría.

El salón grande estaba repleto de noblezas, todos los reinos estaban representados. Fernando se sentó en el trono del medio, a sus costados su esposa y Priscila llegó apurada a sentarse al otro costado.

Para los reyes con sus esposas y pocas hijas una larga mesa, otra para los herederos de tronos, y otra para los herederos que competirían, a quienes ya conocían. El rey estableció que irían a la montaña de a uno, en intervalos de dos horas, tiempo suficiente para cumplir con lo pedido. Entre tanto serviría exquisiteces, los bufones harían su espectáculo y luego amenizaría con las danzas.

Los reyes comenzaron a sentirse incómodos al ver que sus hijos no regresaban. Pero no tenían más remedio que esperar. Pasó el primer día, el segundo, y para el tercero no quedaban más herederos.

—Hija querida —le dijo la reina a Priscila—, dime dónde está ubicado el chico que te gusta. Todos son bastante guapos y te miran...

—El séptimo a la derecha, madre —respondió disimulando.

Fernando miró a su esposa y ella consintió. Entonces convocó a los reyes a una reunión privada donde les informó que entre ellos había un usurpador de trono. Pidió colaboración para hacer justicia y dijo que hasta que él no fuera avisado de quién se trataba, ninguno podría recuperar a su hijo, había un hechizo de por medio que sólo él sabía cómo deshacer.

Empezaron a murmurar y a sospechar del que tenían al lado. Aprovechando esto, Fernando les propuso, para entretener a sus familias y que no cundiera el pánico, enviar a la montaña a alguien que su hija eligiera. Nadie pensó mucho y asintieron; ahora la princesa no era la prioridad, sino sus hijos. Ahí los dejó, averiguándose la vida. Él fue al gran salón, señaló al varón que le agradaba a Priscila y lo invitó ir a la montaña para probar suerte. A él se le iluminaron los ojos, miró a la princesa, ella ruborosa le sonrió con agrado. Se puso de pie, se acercó a los tronos, hizo una reverencia, y se fue en medio de aplausos por la valentía.

En medio de la comida, uno de los reyes, en representación de los otros, vino y en voz baja le avisó que ya sabían quién era el usurpador, pero que éste no estaba enterado que había sido descubierto. Fernando agradeció la diplomacia y le pidió que volvieran al salón; pronto verían a sus hijos.

Al cumplirse el tiempo, el joven elegido entró con el pájaro azul en su hombro derecho y detrás de él los competidores derrotados. Contaron lo que sucedió en la montaña:

—Sentí un sonido detrás de mí y al darme vuelta me convertí en piedra.

—Yo comencé a subir, pisé esa piedra y al pasarla escuché un quejido de dolor, me di vuelta para ayudar y me pasó lo mismo.

—Pasé estas dos piedras y me retaron a duelo, para defenderme me volví y sas, igual.

—Sí, sin quererlo tentábamos a los que iban subiendo, pero este muchacho, por más difícil que se lo hicimos, siguió decidido sin mirar atrás.

—Al él ir bajando, volvimos a ser lo que somos.

Frente al alboroto, Fernando ordenó silencio, cada príncipe saludó a su padre y se sentó en su lugar, el joven permaneció de pie. De pronto, el ave comenzó a transformarse en un hombre con vestiduras de Monarca. Su familia lo reconoció y corrieron a abrazarlo. El traidor fue expulsado. Al otro día, Priscila y el príncipe valiente se casaron.

Esto está escrito en las crónicas de los reyes de aquel reino, pues de ahí en más, Fernando fue conocido como el sabio rey.

**Fin**

## **El joven Samurái**

*Esta historia, de la cual se desconoce su autor, es más extensa y deja otras enseñanzas. Sin embargo, debido a la generalizada problemática actual de la sociedad, por doquier, donde tantas personas se sienten destruidas o menoscabadas, con baja autoestima, quizás sufriendo violencia en cualquier aspecto, se ha tomado esta porción (corregido sus errores y adaptado), porque ha parecido provechoso explicar con esta temática, cuál es el arma invisible utilizada para destruir a un individuo, a una familia... A partir de aquí, podemos comenzar a cuidarnos, reconstruirnos, y vencer.*

Cielo Vázquez

*“Siempre hay una manera...”, dijo el joven Samurái, pensó unos momentos y agregó: “y debemos hacer cualquier cosa para lograr lo que queramos, ¿no?”*

*Pero su padre, General de Generales de los Samuráis, se alarmó ante semejante conclusión. Porque hay frases muy bonitas, pero no todas dicen lo que se supone que es correcto, al menos para quienes hayan decidido actuar bien.*

Ese día era un día feliz para Kan, cumplía sus 12 años y su padre, Kazo, había prometido concederle el mayor de los tesoros: una espada de Samurái.

Naturalmente, no sería una espada de doble diamante como la de su padre; sería una sencilla espada katana. Lo demás habría de ganárselo por sí mismo. Era un inmenso honor el que le hacía su padre. A partir de ese día, dejaba de ser un niño para convertirse en todo un aprendiz de Samurái. Un brillante futuro se le presentaba por delante, si estaba dispuesto a aprender y a trabajar. Y Kan se hallaba diligente desde lo más profundo de su corazón.

Su padre estaba frente a él, solemne e imponente como era natural en su persona. El anciano Samurái aparentaba mucha menos edad de la que realmente tenía, sólo su larga cabellera blanca y unos ojos llenos de sabiduría revelaban su verdadera edad. Los dorados rayos del sol reflejaban en su armadura de General Samurái haciéndola ver como si fuera de oro, mientras que los dobles diamantes engastados en la empuñadura de su propia espada katana, formaba un doble arco iris enlazado en su base.

Kazo había luchado mil batallas y formado a cientos de Samuráis, y por fin había llegado el momento de instruir a su propio hijo; un acontecimiento que llevaba esperando desde hacía doce años. En sus manos sostenía la futura katana de su

descendiente; un arma que, aunque poderosa en sí, tenía más poder si se usaba con honor y sabiduría.

Kan debía entender esto.

El rostro de Kan, resplandeciente de honra y gozo al recibir su espada, llenó el corazón de su padre de un orgullo como nunca antes había sentido. Ahora era oficial; había superado todas las sutiles trampas que se le habían tendido y por sus propios méritos se había convertido en uno más del clan.

Esa misma noche, después de las celebraciones y las risas, padre e hijo se sentaron juntos alrededor de la hoguera. La noche era cálida y en el cielo lucían las estrellas como luciérnagas en un estanque, la luna llena brillaba con fuerza como si con su luz quisiera arropar al joven Samurái.

La voz de Kazo era grave, relajante y penetrante.

—Hijo mío, hoy has dado un paso muy importante en tu vida. Has dejado de ser una persona normal, has dejado el bosque para introducirte en el camino de la vida por el sendero del Samurái. Has superado la trampa invisible que tienden los fantasmas del miedo y del fracaso. De vez en cuando volverán; harán que todos los problemas parezcan agolparse, con el único fin de doblegarte y así vencerte. Cuando estos fantasmas te ataquen, no te defiendas, sigue adelante enfrentándote a los problemas, uno a uno. Ese es el único secreto del éxito.

Kan miraba la luna en busca de fuerzas para expresar lo que había sentido hasta ese momento. Y entonces dijo:

—Sí, padre, estas semanas... las dudas recorrían mi mente y no sabía si sería capaz de llegar al final. Temía entrar en la senda del Samurái por miedo al fracaso, por miedo a decepcionarte, por miedo a que los demás se rieran de mí, mientras no domine todas las técnicas como lo hace un Samurái de verdad. Sentía un dolor intenso como si me clavarán afiladas agujas, aquí —expresó, posando su mano en su estómago. Hizo un silencio, sus ojos se clavaron en los de su padre y continuó diciendo—: Pero me da cuenta que, si no empezaba, habría fracasado antes de intentarlo. Padre; no sé si llegaré algún día a ser un Samurái tan bueno y poderoso como tú. Pero ten por seguro que lo intentaré hasta con el último vestigio de mi alma. Nunca me rendiré. Siempre seguiré adelante.

Kazo no podría estar más orgulloso. Su hijo poseía la fuerza que le conduciría adonde él quisiera; a su tierna edad, ya conocía ese secreto. Sin embargo, él, como anciano, sabía que en la vida los tropiezos también son constantes.

De pronto, el viejo Samurái cogió un grueso leño y se lo pasó a su hijo.

## Cuentos cortos para niños y no tan niños...

–Ahora que eres parte de los Samuráis y por lo tanto has de regirte como tal, parte este leño. Sé que puedes hacerlo.

–Pero... padre –dijo el joven abatido al ver semejante tamaño–, este leño es muy grueso... y yo sólo tengo doce años, no soy un hombre maduro, no tengo la fuerza suficiente.

Kazo, a la vez que comenzaba a rodear con su grande y cálida mano el estrecho brazo de Kan y ambos se ponían en posición de ataque, le hablaba de esta manera:

–Claro que tienes la fuerza, pero ésta no está en tus músculos, sino en tu cabeza. Es en tu inteligencia y en tu fuerza de voluntad donde posees la energía suficiente para realizar todo aquello que deseas. Si desde el fondo de tu corazón brilla la verde llama de la esperanza y la fe en ti mismo, podrás hacerlo; sólo habrás de buscar el medio.

Kan quería creer a su padre; los Samuráis nunca mienten. Entonces debía existir una forma... pero cuál, pensó.

–Padre... ¡Ya sé! Ahora yo también soy un Samurái, ¡puedo hacer lo imposible!

Desenfundando por primera vez su espada, lanzó con todas sus fuerzas un terrible golpe contra el tronco, consiguiendo solamente que la katana se incrustara fuertemente. Intentó varias veces sacarla de un tirón, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Se estaba poniendo muy nervioso, y si no fuera porque la cálida mano de su padre le calmó como tantas veces había hecho de pequeño, se habría echado a llorar.

–Tu intento ha sido digno de elogio, pero has de aprender antes de hacer algo –dijo a la vez que tomaba la espada de su hijo y con un giro rápido de muñeca la extrajo y se la devolvió–. Has de fijarte pequeños objetivos, fáciles de cumplir con tus capacidades, para conseguir lo que deseas. Primero intenta crear una zanja en el tronco, no de un golpe directo, sino de dos curvos que te ayuden a debilitarlo.

Kan lanzó un tajo curvo que hizo saltar unas astillas. A continuación lanzó otro en dirección opuesta que hizo que casi la mitad del tronco se dispersara. Animado repitió la operación, y unos instantes después, el grueso tronco reposaba en el suelo, partido en dos pedazos y un montón de astillas.

–¡Cuánta razón tienes, padre! El tronco entero era demasiado para mí, pero poco a poco he logrado debilitarlo, y al final yo he vencido. Alguna manera debía de existir, y debemos hacer cualquier cosa para lograr lo que queremos, ¿no?

Kazo volvió a alarmarse. Había comprendido la mitad y no quería que se desviara de su enseñanza. Entonces, la voz del General de Generales Samuráis fue bien firme, y

sus palabras aclaratorias, a fin de que penetraran en los oídos de su hijo y se grabaran en él como a fuego:

–Siempre existe una manera. Pero nosotros lo hacemos regidos por el honor y la generosidad. Así que..., usa esta sabiduría para vencer. Y jamás te dejes cortar de a pedazos.

**Fin**



## **Carta de un pequeño adolescente**

*¡La juventud, la juventud! Cuántos problemas... Apenas comienzan a caminar por ese sendero creen saberlo todo, ¡y cómo sufren después!*

*Desde temprana edad se proponen amar tan enserio; son tan tiernos y fieles que se entregan pensando que esa chica debe durarles toda la vida.*

Era de noche cuando Ana, la madre de Carlitos, lo oyó sollozar. La puerta del cuarto de su hijo estaba cerrada; el llanto parecía provenir de debajo de la almohada. Ana abrió la puerta muy despacio y se sentó en la cama de su hijo de 13 años para conversar:

–¿Qué te pasa cariño, por qué lloras así?

–Nada. Ma... Nada

–Escucha mi amor, son tu madre, cuéntame, me duele mucho que no confíes en mí.

Carlitos seguía llorando sin querer hablar, pero las insistencias y caricias de su madre en la espalda y en los brazos, hicieron que se destapara y se diera vuelta para abrazarse de ella.

–Mamá, dejé con María.

–¡Oh!, mi vida, estás todo empapado en sudor. Anda, ven conmigo a lavarte esa cara y yo te ayudaré, conversaremos como amigos; de hombre a mujer. Olvida que soy tu madre, piensa que soy tu a-mi-ga. ¿Entendiste?, vamos a encontrar una salida a esto.

El pobre chico hizo caso a su mamá: se lavó la cara, se mojó la cabeza y se sentó a contarle cuánto amor sentía por María.

–Mamá... no quiero ir más a ese liceo. Porque no podré soportar verla sin mirarla, ni darle un beso.

–Carlos, Carlos, ya van cinco veces que cambias de liceo por los mismos motivos. Pero bueno, dime por qué se pelearon.

–Resulta... que hay un idiota que se la pasa mirando, y hoy llegó al extremo de cargársela sabiendo que yo lo estaba observando todo. Así que cuando salimos lo agarré a trompadas. ¡Si vieras lo duro que le di, ma...! Pero ella, en vez de sentirse orgullosa de mí, a la salida me dijo que no quería saber más nada conmigo.

–¿Por qué?

–Porque dijo que yo era muy celoso. Y también que ella se sabía defender sola. Quise convencerla, que no fue porque yo pensara que ella no se sabía defender. Fue

por honor, ya me tenía harto provocándome. Además, hacía meses que estaba buscando que reaccionara para pelear, y esta vez no me aguanté.

–¿Entonces...? ¿Qué te dijo?

–Nada. Se me quedó mirando, dio media vuelta y se fue.

–Bueno, mira; creo que estuviste estupendo, pero ahora, en vez de pensar en el problema, trata de pensar en alguna solución.

Carlitos se quedó pensativo. Ya las lágrimas no le caían. De pronto, pegó un salto y dijo:

–Mamá. Ya sé. Le voy a escribir una carta que la voy a dejar loquita por mí.

–Me parece ideal.

La luz de su cuarto pasó toda la noche encendida. Al otro día se levantó con ánimo, se bañó, se puso perfume, se acomodó bien la corbata, cargó su mochila, se despidió de su madre y se fue al liceo.

En el banco de María aparece un papel doblado que decía:

LEELO EN TU CASA.

María nada entendió de ninguna materia. Estaba tentada en abrirlo y leer. La intriga era que no estaba firmada. Así que no sabía de quién era, y como la letra visible estaba en imprenta tampoco podría imaginar.

Cuando llegó a su casa, fue a su cuarto, abrió el papel y leyó:

**“Para mi pequeña flor:**

*Amor mío, eres la más □amás chica de todo el liseo, eres como Vlanca Niebes, tus mejillas rosadas, tus lavios color rosa, tu piel □amás como □amás□a.*

*Extraño tus miradas, tu sonrisa, tu haroma, tus enojos. Te juro que jamás te olvidare, aunque ya no me quieras yo te seguire amando como nadie te amara y desde lejos te □amare más por que eso es lo que hace un ombre de verdad.*

*¿Porque no dejas que te ame, si yo se que aun no me olvidaste?*

*Pienso en ti y no puedo imaginarme a otra mujer; creo que jamás volbere a enamorarme por que... por que... por que tu.*

*tu eres... mi... quinto primer amor”.*

TU ETERNO NOBIO

*Carlos*

**Fin**

## **Un extraño mendigo**

### **Hecho real**

El pastor me miró raro, un cura me dijo que estaba loca, y al final yo no sé qué pensar de ellos, si creen o no creen en lo que predicán.

Una noche como tantas, venía de la iglesia caminando por la calle, sin dinero y con un pequeño Nuevo Testamento en la mano. La Iglesia quedaba cerca de mi casa. Debajo de un alabrado repleto de hojas y ramas que cubrían el frente de una vivienda, vi a un hombre sentado en el piso con cabeza gacha. Me detuve frente a él y lo miré. Pensé que estaría dormido, pero sintió mi presencia, levantó su cabeza y me miró fijamente a los ojos. Cruzando esa calle, justo enfrente, había una columna de alumbrado público. Yo estaba un poco a su costado, la luz lo alumbraba. Era joven, más o menos de unos 30 años, su cabellera ondeada era larga, tenía bigotes, barba, vestía pobremente, pero lo que más me impactó fueron sus ojos, todo él era extrañamente bello. Sólo Dios sabe cuánta pena sentí. Le pregunté:

—¿En qué puedo ayudarlo?

Nada me respondió, claro, mi pregunta fue estúpida. Con apenas una leve sonrisa en sus labios, quedó observándome. Pensé, quizás es mudo.

Entonces comencé de nuevo:

—Disculpe que le insista, mi casa queda cerca, si me espera unos minutos le puedo traer algo de comer, y dinero. No traigo nada encima, lo dejé en la iglesia.

—No, no —me dijo—, estoy de paso, en un momento me iré.

Me sentí triste. ¿Por qué no sería capaz de esperarme, cuál sería su apuro? Para ver si era cierto que se iría, que no era una excusa para no molestarme, le pregunté:

—¿Por qué no busca trabajo, es tan joven? Le puedo conseguir ropa buena, así no le darán ninguno.

—Oh, muchas gracias, pero no.

Quedé muda por un instante, por mi mente pasó darle lo único que tenía. Estirando mi mano con el pequeño librito negro con letras doradas, me animé a decirle:

—Se lo regalo, es el Nuevo Testamento, no tengo otra cosa.

La luz me permitió ver cómo sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas, mas no resbalaban por su rostro, se quedaban ahí, estancadas, dándole un brillo nunca visto antes por mí. Me coloqué entre la luz y él. Pese a que mi sobra se interponía, aún así aquellos ojos destellaban. ¿Cómo podía ser eso?

—Gracias —me respondió tomando de mi mano el regalo—, usted me ha ofrecido el más bello de los tesoros, no se imagina cuánto he deseado tener uno.

Pensé, ¿cómo es posible que este pobre muchacho me diga que no necesita dinero? ¡Fue increíble! ¡Lo que me contó fue la respuesta a mi pensamiento!

—Es que vengo de una familia muy adinerada. No es que tenga algo en contra de los que poseen mucho dinero, pero, los míos son faltos de sentimientos, ostentosos y orgullosos, que decidí dejar las riquezas, las herencias y ser pobre. No sienta pena. ¿Se da cuenta que tengo en mis manos algo más valioso?

Su mirada era dulce. En mí brotó un gran amor por él en ese momento. ¡Qué cosa más ridícula!, ¿me enamoré de un mendigo? Él, nada me había pedido, sólo estaba ahí... en mi camino. Nunca me había pasado algo igual, sentí un amor especial, insólito, imposible, no sé con qué compararlo, no era un enamoramiento a primera vista, tampoco por su belleza, fueron sus palabras, su profunda mirada transmitía paz, paciencia, sabiduría y muchas ganas de quedarse junto a él para charlar de cosas profundas y eternas... No era ignorante, conocía el valor de una Biblia. Pudo renunciar a lo que otros no podrían. Y no sé cuántas cosas más pasaron por mi mente. No supe qué contestarle. Él miraba el Librito, lo ojeaba, me miraba de vez en cuando, y pese a mis deseos de sentarme en el suelo junto a él, tonta de mí, me pareció imprudente a esa hora de la noche, así que le dije, con toda la intensidad de que aquella acción mía le hiciera decidir quedarse hasta el día siguiente:

—¿Mañana va a estar aquí?, déjeme que le traiga algo de comer.

Pero me contestó:

—No, yo voy de un lado a otro, no sientas pena —me tuteó—, no te preocupes por mí.

—Bueno —le dije apenada—, me alegro haberle dado lo mejor que tenía. Que Dios lo bendiga. Adiós.

Al llegar a casa me desplomé en el sillón. Recordé cada detalle, cada una de sus respuestas, cada mirada y actitud. ¿Cómo supo lo que estaba pensando y sintiendo? Me impactó que siendo rico se hiciera pobre. No le importaba la ropa ni la comida. La